

—Lo había adivinado; por eso me estremeci de terror.

—¿Por eso?

—Sí, por eso; porque ese fraile, es Fray Martín de Valencia, y ese indio es el príncipe de que hace poco te hablaba, el traidor Tezomotli, hijo de Cuitlahuac, décimo rey de México.

¡Aprisa, aprisa: alejémonos de ellos!

Capítulo V

Un último esfuerzo

Hoy el padre Valencia y D. Martín Tezomotli, acababan de volver á México viniendo del pueblo de Tolpetlac, en el cual el segundo había adquirido grandes terrenos que tenía arrendados á los indios.

Fray Martín de Valencia que, como hemos dicho en otra ocasión residía fuera de la capital, nunca que á ella viniera dejaba de acudir á visitar á su ahijado D. Martín Tezomotli, que se consideraba el hombre más feliz de la tierra desde que el cielo había bendecido su matrimonio con la hermosa D.^a Beatriz de Saavedra, concediéndole un niño, al cual, como era natural, amaba con idolatría, que nunca los padres dejan de amar á sus hijos así.

Sin dejar su casa de México, D. Martín con su familia residía largas temporadas en dicho pueblo de *Tolpet-*

lac, en que había hecho levantar una buena y cómoda casa de recreo.

A ella fué aquel día á buscarle el padre Valencia.

D. Martín le recibió con el mismo agrado de siempre, y el venerable custodio y el antiguo príncipe conversaron largamente acerca del indio Juan Diego, que continuaba excitando la curiosidad y la admiración de las gentes de *Tolpetlac* y *Cauliltán*, y aun del mismo México.

Todo el mundo se hacía lenguas elogiando la candidez de ánimo y pureza de conciencia del indio Juan Diego, que bautizado cuando contaba unos cuarenta y ocho años de edad, abrazado había con devoción sin ejemplo el culto del verdadero de Dios.

«Tenía largos ratos de oración y contemplación todos los días en aquel modo que alcanzaba su capacidad, según que sabe Dios instruir á los que le aman ejercitándose en obras de mortificación, ayunos y disciplinas (1).»

Todo lo sobrellevaba con sin igual fortaleza á pesar de sus cincuenta y siete años.

Todos los sábados levantábase muy de madrugada, y sin rendirse á la fatiga, como si de una fuerza superior estuviese dotado, corría las dos leguas que distaba *Tolpetlac* de México, para oír la misa cantada de Nuestra Señora, y la explicación de la doctrina cristiana que en ese día hacían á los neófitos los religiosos de San Francisco, en su convento de Santiago *Tlaltelolco*, en que

(1) El bachiller Luis Becerra Tanco.—*Nuestra Señora de Guadalupe y origen de su milagrosa imagen.*

fundado habían un colegio que nombraron de Santa Cruz.

En el camino que el indio seguía en sus expediciones de todos los sábados, necesariamente pasaba por la falda del cerro de *Tepeyacac*, nombre que significa *extremidad ó remate agudo de los cerros*, porque sobresale á los demás que rodean el valle y laguna, asiento de la ciudad de México, y es que es el que más se le acerca.

Largamente están enterados nuestros lectores de la importancia que el dicho cerro tuvo en los días del imperio azteca, por haberse levantado en él el sangriento *teocalli* de la madre de los dioses.

Tepeyacac era uno de los tres principales lugares en que los indios idólatras veneraron á tres de sus más importantes ídolos.

Los otros dos estaban situados uno en las faldas de la tierra de *Tlaxcala*, y otro á seis leguas de este en *Tianhuiñmanalco*.

En el último hacían fiesta á un dios que llamaban *Telpuchtlí*, que quiere decir *mancebo*. En correspondencia y sustitución de él los misioneros pusieron á San Juan Bautista.

En el adoratorio de las faldas de la tierra de *Tlaxcala*, celebraban á *Toci* ó *la abuela de los dioses*, y en su lugar los franciscanos promovieron el culto de Señora Santa Ana.

En *Tepeyacac*, consagrado á *Tonantzin* ó *la madre de los dioses*, los religiosos levantaron una ermita á la Madre de Dios, á la Santísima Virgen María, se ignora bajo cual de sus advocaciones.

Esta última ermita no estaba de continuo habitada por guardador alguno, y sólo se hacía uso de ella en los

días en que, según la antigua costumbre de los mexicanos, debiera haberse celebrado la fiesta de la falsa divinidad.

Esta era la ermita que el feroz Ixtaolzin tenía sobre los restos de su antiguo palacio subterráneo.

Si no se hubiese encontrado como se encontraba imposibilitado, Ixtaolzin no habría querido hacer menos que reducir á escombros aquella ermita, pero sin poderlo remediar, faltábale valor para acercarse á ella, cuanto más para procurar destruirla.

En su extraña y extraordinaria superstición, nada osaba hacer contra cuanto más ó menos directa, alguna relación tuviese con Fray Martín de Valencia. único español y extranjero á quien Ixtaolzin se sentía incapaz de no respetar.

Ya hemos visto, y también se lo hemos oído decir al antiguo sacerdote, que del padre Valencia procuraba como de nadie huir, temeroso de que al fin viniese á convencerle de que sus dioses no lo eran, y que el solo verdadero y único posible éralo el Dios Cristiano.

También recordarán nuestros lectores que Ixtaolzin no se atrevió á destruir el famoso Cristo de Fray Martín, cuando por haberse apoderado del hijo de Xochitl, tan cerca túvole del alcance de sus iras.

Y no sólo esto no hizo, sino que cuantas veces en su ceguera tocó con sus manos, y por casualidad, la imagen de bronce dorado, todo el cuerpo del sacerdote se estremecía de piés á cabeza como herido por un rayo.

—Pero entonces quiere decir que reconoces en esos sacerdotes é imágenes cristianas, una efectiva divinidad, —le observó Bautista, cuando esto le refirió el sacerdote azteca.

—No puedo negarlo aunque lo quiero,—contestó Ixtaolzin;—cuanto más medito en el pasado de nuestra nación, y considero su lastimoso presente, más me inclino á disculpar la debilidad de Moctezuma al facilitar á los españoles la conquista del imperio.

También Moctezuma fué gran sacerdote de los dioses de nuestros mayores, y si bien se consagró á su culto más que por amor á ellos por facilitarse la exaltación al trono, objeto de su ambición desmedida, sin embargo, nadie puede negar que él cual ninguno de sus predecesores honró más ni mejor á las divinidades patrias.

Y no obstante, al tener noticia de la llegada de los españoles, Moctezuma tembló como tiembla en el árbol la hoja que combate el huracán.

La inmensa serie de prodigios y calamidades que precedieron á la llegada de los extranjeros, le confirmó en su creencia de que ellos eran los descendientes de *Quetzalcoatl*, que al fin cumplía sus promesas de venganza.

Esta creencia ocasionó su perdición y la nuestra.

Pero si acaso él fué preocupado y débil, si él voluntariamente se entregó en manos de los españoles, nosotros no le imitamos, y comenzando por originarle la muerte que merecen todos los apóstatas y traidores, largo tiempo resistimos al extranjero, y contra él luchamos de tal modo, que casi lo redujimos á la impotencia y á la nada.

Pero todo fué inútil: aquel puñado de hombres de hierro triunfó de nuestra muchedumbre, y nación, monarquía y religión, cayeron desmembradas á sus piés, convertidas en espantoso montón de informes ruinas.

¿Por qué si eran ellos pocos y nosotros muchos, pudo aquello suceder?

Y no es, no, que á nosotros nos faltase jefe tan ilustre y valeroso como el suyo.

No: la grandeza de Cuauthemoc no fué menos que la grandeza de Hernán Cortés.

Sus soldados no valieron más que los nuestros.

¿Por qué entonces fuimos vencidos y deshechos?

No quiero creerlo, y sin embargo, no puedo dejar de confesarlo.

Nuestros dioses nos abandonaron á nosotros, en tanto que los suyos lucharon por ellos.

Quetzalcoatl era sin duda un poderoso dios; un dios más poderoso que los nuestros, que sólo pudieron vencerle por medio de la astucia, en los remotos siglos aquellos en que el reino de *Tollan* era el más civilizado reino de estos países.

De aquí nacen las dudas horribles que me atormentan, dudas que se justifican con la crueldad bárbara y salvaje con que nuestros dioses me han tratado, á mi, que en el amor á mi patria y á mi religión, puedo y tengo derecho á ser llamado el último azteca, pues soy el único que nunca me he dado por vencido ni convencido.

Pero el corazón me dice que es llegada la última noche de mis dudas.

Al amanecer del día de mañana, ó habré descubierto la verdad, ó habré muerto en la noble y levantada lucha.

Sí, Bautista, hijo mío; hoy se rompen para tí los velos misteriosos, cuya existencia has sospechado.

Como hijo te he tratado, y te conozco bien para temer que puedes venderme.

Pero si me engañase, si me vendieses, no por eso lograrías apesadumbrarme.

A todo estoy resuelto, y aborreciendo como aborrezco la vida que ya me es molesta y pesada como nunca, decidido estoy á no defenderla más, resuelto estoy á morir.

Por eso te llevo á Tepeyacac.

Vas á penetrar conmigo por esa boca de la cueva de que dices me viste salir.

Vas conmigo á visitar los reducidos restos del santuario de *la madre de los dioses*, y á encontrarte en presencia de las tres mayores divinidades de tus antepasados; Toci, Tezcatlipoca y Huitzolopochtli.

Allí me verás revestir mi verdadero traje sacerdotal.

¡Yo soy Ixtaolzin, el último gran sacerdote azteca!

Allí acudirá Tenoch, antiguo general de Moctezuma, Cuitlahuac y Cuauhtemoc.

Esta noche debe estallar una rebelión en la capital; si los españoles, debilitados por sus odios y divisiones, no logran sobreponerse al empuje de los nuestros; si nuestros dioses acuden á este último llamamiento que voy á hacerles; si vencemos, mis dioses serán los verdaderos dioses.

Si así no sucede; si Hernán Cortés, que en la ciudad se encuentra, logra una vez más vencernos; sucumbiré á mi desesperación, me mataré ó me haré matar, y en tal caso mis dudas habrán para siempre concluído: el Dios cristiano será el verdadero Dios.

Ixtaolzin y Bautista llegaron á Tepeyacac; penetraron en el arruinado templo subterráneo; vistió el sacerdote su túnica blanca rayada de negro, invocó á sus tres malhadados ídolos, y dió sus últimas instrucciones á Tenoch que regresó á la ciudad á cumplirlas.

¿Cuál fué el resultado de ellas?

Vamos á decirlo á nuestros lectores copiando aquí un pasaje de la historia escrita por el padre Andrés Cavo.

«Pasado algún tiempo á la media noche, se oyó en varios cuarteles de la ciudad gritar *al arma*, de que des-pavoridos los vecinos cada uno solo pensó en defenderse en su casa. A la del general Hernán Cortés, acudieron doscientos soldados de á caballo, con los cuales el marqués envió por toda la ciudad, sin hallar rastro de aquel alboroto. En esta ocasión, ni la infantería ni los oidores acudieron á los que patrullaban en la ciudad. Se persuadieron todos que algunos malignos hicieron aquella pesada burla á los ciudadanos: pero la supieron hacer con tal secreto, que nada se pudo averiguar.

«Entre tanto el marqués del Valle, hechas las pesquisas de los indios revoltosos, y de los que habian muerto á los españoles inhumanamente, á unos hizo quemar vivos, á otros apresar, y castigó á tantos que los dejó escarmentados, sosegada la tierra y los caminos seguros.»

Capítulo VI

Delirio y realidad

NAMÁS Ixtaolzín se sintió como entonces presa de febril agitación.

Las varias y opuestas emociones que experimentaba, habian provocado una concentración sanguínea sobre su corazón.

Tan pronto daba muestras de ansiedad y estupor, como cedía á un abatimiento mortal, seguido de una calma aparente que tornábase en sofocación por la falta de desahogo.

Bautista se encontraba á disgusto en aquella especie de antro cavernoso, mal iluminado por la llama rojiza de unas rajas de *ocote* que producian una humareda insoportable y asfixiante, asustóse de ver el descompuesto rostro del sacerdote azteca, y buscando pretexto para salir de allí, le dijo:

—¿Quieres que vaya á ver lo que pasa?

—Sí,—contestó secamente el sacerdote;—pero no te alejes mucho, no me abandones.

—¿Dudas de mí?

—No: no dudo: sal pronto, y en cuanto percibas la primera detonación, el primer fogonazo, ven á avismarme.

Bautista salió inmediatamente; pero apenas había dado algunos pasos al aire libre de la noche, cuando se sintió fuertemente cogido por el cuello.

—¡Silencio!—le dijo al mismo tiempo una voz que Bautista reconoció ser la misma del caballero que acompañaba á Fray Martín de Valencia.

Bautista hubo de obedecer sin la menor resistencia; Tezomótlí, pues él era, apoyaba sobre la frente del muchacho la punta de su puñal.

Ya la excitación, ya la sofocante atmósfera en que con dificultad respiraba, produjeron al sacerdote azteca una postración tan extremada que pocos momentos después de haberse alejado Bautista, le pareció, que el piso hundíase bajo los pies, á la vez que pesaba sobre su cerebro una irresistible tendencia al sueño y le acometía una especie de insensibilidad general.

De sus secas y ardorosas fauces salía un grito indefinible, y sueño ó realidad por él supuesta, vió con las vacías órbitas de sus ojos que los tres ídolos que antes se levantaban en sus antiguas derruidas aras, desdoblábanse de las forzadas posturas en que habíanles colocado los artifices aztecas, y súbitamente se ponían en pié.

Ixtaolzín retrocedió entre espantado y sorprendido.

La gruta se transformó en una inmensa, colossal lagu-

na de colosales llamas, y allá, el lejano horizonte círculo era de gruesas masas de vapor que crecía y se alzaba hasta superar las cimas de las más altas montañas del universo.

Sobre la cabeza del sacerdote formaban inmenso pabellón una compacta masa de espíritus, que revestían sin cesar las más extrañas y espantosas formas.

Las lenguas de fuego que se alzaban de la movедiza superficie del incandescente lago, rodearon como culebras los bultos de los tres ídolos, y en pocos instantes consumieron sus vestiduras y adornos indios, cambiándolos en unos monstruos aun más espantosos que en su sér de piedra representaban.

El sacerdote reconoció en aquel horrible cuadro el infierno que mil veces había oído á los misioneros cristianos describir.

Espantado de lo que veía, con ambas manos tapó á la vez sus ojos, y cuando descubriéndolos volvió á mirar la escena era otra diametralmente opuesta.

Nada tan bello como lo que entonces vió.

Era un espacio sin límites iluminado por una luz maravillosamente diáfana y transparente.

Millones de millones de alados espíritus revoloteaban como un enjambre de *colibrís*, á los cuales se asemejaban en los metálicos colores de infinitos matices que esmaltaban sus alas.

Todos ellos iban y venían en incesante corriente, en torno de un punto que brillaba con la intensidad de un foco formado por un número infinito de soles.

Ante aquel foco humillábanse los millones de millones de hermosos espíritus, tanto más bellos cuanto más habían logrado aproximarse á aquel brillante centro.

De pronto se suspendió aquel indescriptible ir y venir de perfectos espíritus, y un estampido colosal ensordeció aquellos espacios sin límites, y una chispa se desprendió del luminoso núcleo, deshaciéndose en inmenso haz de deslumbradores rayos, cada una de aquellas saetas de fuego fué á herir á otros tantos espíritus, que lanzados de la esfera de atracción en que hasta entonces habíanse movido, cayeron como lluvia de ceniza, perdidos su esplendor y galas primitivas.

A aquella luz intensa y á la vez maravillosamente diáfana y transparente, sucedió una nueva luz entre azulada y violácea, á semejanza de la de un crepúsculo: sobre su fondo resaltaba una mancha circular y oscura que más y más iba agrandándose á la vista de Ixtaolzín, que al fin reconoció en ella el mundo que habitamos, el cual entró por último, en aquella sombra que habíale parecido lluvia de ceniza.

Cada una de las partículas de la aparente ceniza era un espíritu dotado de alas de negro color.

Unos tras de otros fueron posándose en la esfera terrestre.

Ixtaolzín no podía seguirlos á todos á la vez, pero hizolo con algunos que fijaron más que los otros su atención, y al cabo los vió posarse en la dilatada extensión del que fué imperio de los reyes aztecas; y cuando los tuvo cerca, muy cerca, á su alcance, sin que pudiera equivocarse, los miró penetrar en los bultos de piedra de los ídolos de su nación.

El sacerdote azteca corrió entonces hacia sus tres ídolos favoritos, pero antes de que hubiera podido tocarlos con sus manos, las piedras saltaron hechas pedazos y los negros espíritus salieron de su centro y quisieron saltar

sobre las vacías aras; pero las aras saltaron también en menudos fragmentos, cediendo su lugar á un nuevo foco de luz, de infinitos soles en cuyo núcleo brilló como de oro el Cristo de bronce de Fray Martín.

Ixtaolzín sintió que á su pesar sus rodillas se doblaban como obligándole á postrarse ante la imagen del Dios único y verdadero; pero resistiéndose cuanto pudo, se mantuvo sin caer, y tambaleándose como un beodo quiso huir de la celestial visión y trató de salir de la gruta, pero en la boca de ésta apareció cortándole el paso con la hoja de su espada española, el hijo de *Cuítlahuac* el príncipe *Tezomoti*.

El sacerdote no retrocedió, antes bien con furor insólito se lanzó sobre el príncipe, para destruirle con toda la explosión de su cólera, gritándole:

—¡Tú, sólo tú tienes la culpa de la ruina de tu religión, de la ruina de tu patria; muere, traidor; muere, perjuró; muere, malvado!

Pero el sacerdote no pudo seguir su impulso, porque entre él y Tezomoti se levantó como evocada por maravilloso conjuro la elevada figura de Fray Martín de Valencia, vestida de pobre hábito azul, y extendiendo en cruz sus brazos, el venerable franciscano con voz que hizo temblar á los mismos peñascos de la gruta, gritó:

—¡Teneos! ¡yo os lo mando!

Quando Ixtaolzín volvió en su acuerdo, notó con desagradable sorpresa que su dolorido cuerpo reposaba en un blando lecho á la usanza española.

Quiso levantarse y saltar al suelo para alejarse y huir, pero se encontró detenido con dulzura por unas manos

que reconoció al tacto ser las de su lazarillo Bautista, que á la vez dijo con amabilidad:

—Loado sea Dios, que al fin te ha permitido volver á la vida: diez días hace que has permanecido como muerto.

—Eres tú, Bautista, hijo mío, ¿es verdad?—preguntó el sacerdote.

—Sí, yo soy, ¿no reconoces mi voz?

—Sí, hijo mío, sí; pero, dime ¿dónde estamos? ¿qué ha pasado?

—Estamos en el convento de San Francisco.

—¿Sí? pero, ¿cómo?

—No te entiendo.

—Quiero decir, ¿vencidos ó vencedores?

—¡Ah! sí, comprendo: quieres referirte á aquel alzamiento que proyectaste con Tenoch.

—Justo, ¿qué ha pasado?

—¿Qué era lo que había de pasar, sino es lo que era natural que pasara?

—Habla claro, hijo mío; habla de modo que te entienda bien y pronto.

—Pues pasó lo que, repito era natural: los conjurados tuvieron miedo y cuando los buscó Tenoch á ninguno encontró en el puesto convenido.

—¡Cobardes, traidores! y ¡Tenoch! ¿qué ha sido de él?

—No se sabe.

—¿Cómo?

—Sí; nada se sabe y suponemos que, sin duda, se lo llevó el diablo.

—¿Qué diablo es ese de que hablas?

—El mal espíritu que escondido estaba en aquellos ídolos horribles que tú me enseñaste en Tepeyacac.

—Oye Bautista, casi no entiendo lo que me hablas; ¿quién de los dos está loco? ¿tú ó yo?

—Ninguno de los dos, Ixtaolzin.

—¿Qué es eso? ¿sabes mi nombre?

—¿Cómo no, si tú me lo dijiste en Tepeyacac?

—¿Otra vez? ¡Bautista, hijo mío! no me atormentes; dí lo que ha sido de mí en estos días; dime lo que sepas; todo lo que sepas.

—Bien, escucha: ¿recuerdas que me condujiste á Tepeyacac y que después de un rato de estar allí, salí yo á averiguar lo que pasaba?

—Sí, creo que sí lo recuerdo: prosigue.

—Cuando yo salí de la cueva un hombre se apoderó de mí; el príncipe Tezomotli.

—¡Ah! el traidor nos había seguido y él, sin duda, fué quien nos vendió.

—Conste que á no ser por él los dos hubiéramos perecido.

—¿Por qué?

—Porque al ir á amanecer, el cerro comenzó á moverse como si quisiera desbaratarse y caer sobre sí mismo, hecho añicos.

Tezomotli, con un valor á toda prueba, entró por la boca de la gruta, con objeto de salvarte, y en poco estuvo que tú, desagradecido, no le matases: por fortuna Fray Martín de Valencia acudió á separaros, y...

—Oye, Bautista;—dijo Ixtaolzin interrumpiendo al muchacho;—creo que abusas indignamente de mí.

—¿Por qué?

—Porque lo que me cuentas recuerdo que, en efecto, sucedió; pero sucedió, sin duda, sólo en mi trastornado cerebro: tal vez he delirado en voz alta, y tú me estás contando lo que yo en mi delirio dije.

—Te digo que no.

—Y yo digo que sí, porque sólo en delirio pude ver, en efecto, á Tezomoti y á Fray Martín de Valencia, claros y distintos, faltándome como me faltan los ojos de la cara.

—¿Y quién te ha dicho que te faltaban?

—¿Qué escucho?

—No, no te faltaban: según dicen, tus dos ojos tenías, y por cierto que brillaban como de fuego: como que aseguran que al abandonar á tus ídolos, los demonios se pasaron á tu cuerpo que ardía como tea de cocoté.

—¡Ah! ¡Bautista, hijo mío!—exclamó el sacerdote,—estás burlándote de mí de un modo cruel, ó mi delirio sigue y continúa atormentándome.

Si, yo he soñado, en efecto, cosas horribles y maravillosas: yo he visto, en efecto, arder en llamas la gruta; yo he visto cambiar á mis antiguos dioses sus formas comunes en otras horribles: yo he oído y visto maravillas que no me explico; pero tú lo has dicho, Bautista; diez días hace que he permanecido en mortal peligro, privado de todos mis sentidos, y si por acaso es cierto que los he recobrado ya, necesario es que convengas conmigo en que todo lo que tú me cuentas y yo puedo contar es, y no ha podido ser más, un sueño, un delirio, una fascinación.

—¿Eso dices? ¿eso crees?

—Sí, Bautista.

—¿Cómo, entonces, te explicas que aquí nos encontramos?

—Tú lo has dicho: Tezomoti se apoderó de tí á la salida de la gruta, y en la gruta penetró y se apoderó de mí.

—Luego entonces convienes en que mi cuento no es cuento, ni delirio tu delirio.

—¡Bautista! ¡Bautista!...

—Aguarda, que aún hay más todavía.

—¡Concluye, concluye ya!

—¿Cómo explicas ese temblar del Tepeyac de que te he hablado?

¿Cómo te explicas que tu templo subterráneo ya no exista?

—No existe ¿dices?

—Ni señales siquiera han quedado de él.

Todos vimos arder en llamas la cima de Tepeyac, con un ruido espantoso, horrible é infernal.

—¿Y eso te asombra?—preguntó Ixtaolzín con indefinible gozo;—pues yo voy á explicártelo y en mis explicaciones nada encontrarás que no sea fácilmente comprensible y natural.

En esa gruta del Tepeyacac acumulé yo en remotos días grandes cantidades de esa materia que los españoles llaman *pólvora*; una brasa, una chispa, puede haberle incendiado y ahí tienes el origen de ese ruido espantoso, infernal, y de las llamas que en su cima visteis arder.

—¿Y eso es lo que de tus dioses esperabas?

—¡Oh! calla Bautista: si lo que me dices es cierto, si nuestros dioses no han querido respetar ni aun los escambros del último templo en que los albergué, será porque... ¡Ah! ¡no se por qué será!...

Ixtaolzín, pronunciadas estas palabras, se entregó á la más amarga desesperación, que Bautista hizo cesar diciéndole:

—Yo lo sé, Ixtaolzín, y te lo diré si calmartes y escucharme quieres.

—¿Tú lo sabes? ¿eso dices? habla, habla: ya lo ves; tranquilo estoy; en calma te escucho.

—Tus dudas acerca de nuestra religión ya no tienen motivo de ser.

—¿Por qué?

—Tepeyacac será de ahora en adelante el más consagrado lugar de nuestra patria.

—Habla, ¿por qué?

—Porque en él se ha aparecido á ese Juan Diégo, á quien tanto tú despreciabas, la *Madre de Dios*.

—¿Tonantzin?—preguntó impaciente Ixtaolzin.

—No, no la Tonantzin azteca, sino la *Virgen Maria* cristiana.

—¡Oh! no, no; no, eso no es posible, Bautista: te engañas, me engañas, ó mi espantoso delirio continúa!—exclamó el sacerdote confundido.

—Escucha,—dijo Bautista,—la sencilla y tierna relación que voy á hacerte.

Nuestra Señora de Guadalupe (1)

QORRIENDO el año del nacimiento de Cristo Señor Nuestro, de 1531, y del dominio de los españoles en esta ciudad de México y su provincia de la Nueva España cumplidos diez años y casi cuatro meses; extinguida la guerra y habiendo comenzado á florecer en aqueste reino el Santo Evangelio, sábado muy de mañana antes de esclarecer la aurora, á nueve días del mes de Diciem-

(1) En el presente capítulo reproducimos la tradición escrita por el bachiller D. Luis Becerra Tanco, publicado por primera vez en 1666, ya porque es de las más acreditadas de cuántas existen, y para conformarnos con la siguiente declaración que hace su autor al acabar de referir el milagro.

«Esta es toda la tradición sencilla y sin ornato de palabras: y es en tanto grado cierta esta relación, que cualquiera circunstancia que se le añada, sino fuese absolutamente falsa, será por lo menos apócrifa: porque la forma en que se ha referido, es muy conforme á la precisión, brevedad y fidelidad, con que los naturales cuerdos, é historiadores de aquel siglo, escribían, figuraban y referían los sucesos memorables.»

bre, un indio plebeyo y pobre, humilde y cándido, de los recién convertidos á nuestra Santa Fé Católica, el cual en el bautismo se llamó *Juan* y por sobrenombre *Diego*, natural, según fama del pueblo de Cuautitlan, distante cuatro leguas de esta ciudad hacia la parte del Norte, de la nación mexicana, y casado con una india se llamó *María Lucía*, de la misma calidad de su marido, venía del pueblo en que residía (dícese haber sido el de *Tolpeltac*, en que era vecino), al templo de Santiago el Mayor Patrón de España que es en el barrio de *Tlatelolco*, doctrina de los religiosos del Señor San Francisco, á oír la misa de la Virgen *María*. Llegado, pues, al romper el alba, al pié de un cerro pequeño que se decía *Tepeyacac*, que significa *extremidad ó remate agudo de los cerros*, porque sobresale á los demás montes que rodean el valle y laguna en que yace la ciudad de México, y es el que más se le acerca, y el día de hoy se dice de Nuestra Señora de Guadalupe, por lo que se dirá después de esto, oyó el indio en la cumbre del cerrillo y en una ceja de peñascos que se levanta sobre lo llano á orilla de la laguna, un canto dulce y sonoro, que, según dijo le pareció de muchedumbre y variedad de pajarillos, que cantaban juntos con suavidad y armonía, respondiéndose á coro los unos á los otros con singular concierto, cuyos ecos reduplicaba y repetía el cerro alto, que se sublima sobre el montecillo, y alzando la vista al lugar donde á su estimación se formaba el canto, vió en él una nube blanca y resplandeciente y en el contorno de ella un hermoso arco iris de diversos colores, que se formaba de los rayos de una luz y claridad excesiva, que se mostraba en medio de la nube. Quedó el indio absorto y como fuera de sí en un suave arrobamiento, sin temor ni turbación alguna,

sintiendo dentro de su corazón un júbilo y alborozo inexplicable, de tal suerte que dijo entre sí: *¿Qué será esto que oigo y veo? ó ¿adónde he sido llevado? ¿Por ventura he sido trasladado al paraíso de los deleites, que llamaban nuestros mayores origen de nuestra carne, jardín de flores ó tierra celestial, oculta á los ojos de los hombres?*

Estando en esta suspensión y embelesamiento y habiendo cesado el canto, oyó que lo llamaban por su nombre *Juan*, con una voz como de mujer, dulce y delicada, que salía de los esplendores de aquella nube, y que le decían que se acercase: subió á toda prisa la cuestecilla del collado, y habiéndose aproximado (1) vió en medio de aquella claridad una hermosísima señora muy semejante á la que hoy se vé en su bendita imagen, conforme á las señas que dió el indio de palabra, antes que se hubiera copiado ni otro la hubiera visto: cuyo ropaje, dijo *que brillaba tanto que, hiriendo sus resplandores en los peñascos brutos que se levantan sobre la cumbre del cerrillo, le parecieron piedras preciosas labradas y transparentes, y las hojas de los espinos y nopales que allí nacen, pequeños y desmedrados por la soledad del sitio, le parecieron manojos de finas esmeraldas, y sus brazos, troncos y espigas de oro bruñido y reluciente, y hasta el suelo de un corto llano que hay en aquella cumbre le pareció de jaspe matizado de colores diferentes:* y hablándole aquella señora con semblante apacible y halagüeño en idioma mexicano, le dijo:

—*Hijo mío, Juan Diego, á quien amo tiernamente, como á pequeñito y delicado* (que todo esto suena la locución del lenguaje mexicano) *¿adónde vas?*

(1) Primera Aparición.

Respondió el indio:

—*Voy, noble dueño y Señora mía, á México y al barrio de Tlalleloco, á oír la misa que nos muestran los ministros de Dios y sustitutos suyos.*

Habiéndole oído María Santísima, le dijo así:

—*Sábeta, hijo mío muy querido, que soy yo la siempre Virgen María, Madre del verdadero Dios, autor de la vida, criador de todo y Señor del cielo y de la tierra, que está en todas partes, y es mi deseo que se me labre un templo en este sitio, donde, como Madre piadosa tuya y de tus semejantes, mostraré mi clemencia amorosa, y la compasión que tengo de los naturales y de aquellos que me aman y buscan, y de todos los que solicitaren mi amparo y me llamen en sus trabajos y aflicciones, y donde oiré sus lágrimas y ruegos, para darles consuelo y alivio; y para que tenga efecto mi voluntad, has de ir á la ciudad de México y al palacio del obispo, que allí reside, á quien dirás que yo te envío, y como es gusto mío que me edifique un templo en este lugar: le referirás cuanto has visto y oído, y ten por cierto tú, que te agradeceré lo que por mí hiciere en esto que te encargo y te afamaré y sublimaré por ello: ya has oído, hijo mío, mi deseo: vete en paz y advierte que te pagaré el trabajo y diligencia que pusieres: y así, harás en esto todo el esfuerzo que pudieres.*

Postrándose el indio en tierra respondió:

—*Ya voy, nobilísima Señora y dueño mío, á poner por obra tu mandato, como humilde siervo tuyo: quédate en buena hora.*

Habiéndose despedido el indio con profunda reverencia, cogió la calzada que se encamina á la ciudad, bajada la cuesta del cerro que mira al occidente. En ejecución de lo prometido, fué vía recta Juan Diego á la ciudad de

México, que dista una legua de este paraje y montecillo, y entró en el palacio del señor obispo, comenzó á rogar á sus sirvientes que le avisasen para verle y hablarle: no le avisaron luego, ora porque era de mañana, ó porque le vieron pobre y humilde: obligándole á esperar mucho tiempo, hasta que conmovidos de su tolerancia le dieron entrada. Llegando á la presencia de su señoría, hincado de rodillas le dió su embajada, diciéndole: *que le enviaba la Madre de Dios, á quien habia visto y hablado aquella madrugada*, y refirió todo cuanto habia visto y oído, según que dejamos dicho. Oyó con admiración lo que afirmaba el indio, extrañando un caso tan prodigioso; no hizo mucho aprecio del mensaje que llevó, ni le dió entera fe y crédito, juzgando que fuese imaginación del indio, ó sueño, ó temiendo que fuese ilusión del demonio, por ser los naturales recién convertidos á nuestra santa religión: y aunque le hizo muchas preguntas acerca de lo que habia referido y le halló constante, con todo le despidió, diciendo que volviese de allí á algunos días, porque quería inquirir el negocio á que habia ido, muy de raíz, y le oiría más despacio por informarse (claro es) de la calidad del mensajero y dar tiempo á la deliberación.

Salió el indio del palacio del señor obispo muy triste y desconsolado, tanto por haber entendido que no se le habia dado entera fe, y crédito, cuanto por haber entendido que no se le habia dado entera fe y crédito, cuanto por no haber surtido efecto la voluntad de María Santísima, de quien era mensajero.

Volvió Juan Diego (1) este propio día sobre tarde, puesto el sol al pueblo en que vivía, y á lo que se presume

(1) Segunda Aparición.

por los rastros que de ello se han hallado, era el pueblo de Tolpetlac, que cae á la vuelta del cerro más alto y dista de él una legua á la parte del nordeste. *Tolpetlac* significa *lugar de esteras de espadaña*, porque sería en aquel tiempo única ocupación de los indios vecinos de este pueblo, el tejer esteras de esta planta.

Habiendo, pues, llegado el indio á la punta del cerrillo en que por la mañana había visto y hablado á la Virgen María, halló que le aguardaba con la respuesta de su mensaje: así que la vió postrándose en su acatamiento, le dijo:

—Niña mía, muy querida, mi reina y altísima Señora, hice lo que me mandaste; y aunque no tuve luego entrada á ver y hablar con el obispo hasta después de mucho tiempo, habiéndole visto le di tu embajada en la forma que me ordenaste: oyóme apacible y con atención, mas á lo que yo vi en él y según las preguntas que me hizo, colegí que no me había dado crédito, porque me dijo que volviese otra vez, para inquirir de mí más despacio el negocio á que iba, y escudriñar lo muy de raíz. Presumió que el templo que pides se te labre, es ficción mía, antojo mío y no voluntad tuya: y así te ruego que envíes para esto alguna persona noble y principal, digna de respeto, á quien deba darse crédito: porque ya ves, dueño mío, que soy un pobre villano, hombre humilde y plebeyo, y que no es para mí este negocio á que me envías. Perdona, reina mía, mi atrevimiento, si en algo he excedido el decoro que se debe á tu grandeza, no sea que yo haya caído en tu indignación, ó te haya sido desagradable con mi respuesta.

Este coloquio en la forma que se ha referido, se contenía en un escrito histórico de los naturales, y no tiene cosa mía sino es la traslación del idioma mexicano en nuestra lengua castellana, frase por frase.

Oyó con benignidad María Santísima lo que le respondió el indio, y habiéndole oído, dijo así:

—Oye, hijo mío, muy amado, sábetelo que no me faltan sirvientes ni criados á quien mandar, porque tengo muchos que pudiera enviar, si quisiera, y que harían lo que les ordenase: mas conviene mucho que tú hagas este negocio y lo solicites, y por intervención tuya ha de tener efecto mi voluntad y mi deseo: y así te ruego, hijo mío, y te ordeno que vuelvas mañana á ver y hablar al obispo y le digas que me labre el templo que le pido, y que quien te envía es la Virgen María, Madre de Dios verdadero.

Respondió Juan Diego.

—No recibas disgusto, reina y Señora mía, de lo que he dicho, porque iré de muy buena voluntad y con todo mi corazón á obedecer tu mandato, y llevar tu mensaje, que no me excuso ni tengo el camino por trabajo: mas quizás no será acepto ni bien oído, ó ya que me oiga el obispo no me dará crédito: con todo, haré lo que me ordenas, y esperaré, Señora, mañana en la tarde en este lugar al ponerse el sol, y te traeré la respuesta que me diere; y así queda en paz, alta niña mía, y Dios te guarde.

Despidióse el indio con profunda humildad y se fué á su pueblo y casa.

Continuación del anterior

EN el día siguiente, domingo diez de Diciembre, vino Juan al templo de Santiago Tlaltelolco á oír misa y asistir á la doctrina cristiana, y acabada la cuenta que acostumbran los ministros evangélicos, hacer de los feligreses naturales en cada parroquia, volvió el indio al palacio del señor obispo, en obediencia del mandato de la Virgen María, y aunque dilataron mucho tiempo los familiares del señor obispo el avisarle para que le oyese, habiendo entrado, humillado en su presencia le dijo con lágrimas y gemidos, «como por segunda vez había visto á la Madre de Dios en el propio lugar en que la vió la vez primera, que le aguardó con la respuesta del recado que le había dado antes, y que de nuevo le había mandado volver á su presencia á decirle que le edificase un templo en aquel sitio que la había visto y habla-

do; y que le certificase como era la Madre de Jesucristo la que le enviaba y la siempre Virgen María.»

Oyóle con mayor atención el señor obispo y comenzó á moverse á darle crédito, y para certificarse más del hecho, le hizo diversas preguntas y repreguntas acerca de las señas que tenía la Señora que le enviaba: y aunque por ellas reconoció que no podía ser sueño ni ficción del indio, para asegurar mejor la certidumbre de este negocio y que no pareciese liviandad el dar crédito á la relación sencilla de un indio plebeyo y cándido le dijo: «que no era bastante lo que le había dicho para poner luego por obra lo que pretendía, y que así, le dijese á la Señora que lo enviaba le diese algunas señas de donde coligiese que era la Madre de Dios la que lo enviaba, y que era voluntad suya que se le labrase un templo.»

«Respondió el indio que viese cual señal quería para que se la pidiese.

«Habiendo hecho reparo el señor obispo, que no había puesto excusa en pedir la señal el indio, ni dudado en ello, antes sin turbación alguna dejábala á su elección, llamó á dos personas las más de confianza de su familia, y hablándoles en lengua castellana, que no entendía el indio, les mandó que lo reconociesen muy bien y que se aprestasen luego que le despidiese, para ir en su seguimiento: y que sin perderlo de vista, y sin que el sospechase que lo seguían, con cuidado fuesen en pos de él, hasta el lugar que había señalado y en que afirmaba haber visto á la Virgen María y que advertiesen con quien hablaba y le trajesen razón de todo cuanto vieses y entendiesen. Hizose así conforme á la orden del señor obispo.

»Despedido el indio de la presencia de su señoría, salieron los criados en su seguimiento, sin que él lo advirtiese, llevándolo siempre á la vista.

»Luego que Juan Diego llegó á un puente por donde se pasaba el río, que por aquella parte y casi al pié del cerrillo desagua en la laguna que tiene esta ciudad al Oriente, desapareció el indio de la vista de los criados que le seguían, y aunque le buscaron con toda diligencia, habiendo registrado el cerrillo por una y otra parte, no lo hallaron; y teniéndolo por embaucador y mentiroso ó hechicero se volvieron despechados con él, y habiendo informado de todo al señor obispo, le pidieron que no le diese crédito y que le castigase por el embeleco si volviese.

»Luego que Juan (1) (que iba por delante, á una vista de los criados del señor obispo), llegó á la cumbre del cerrillo, halló en él á María Santísima, que le aguardaba por segunda vez con la respuesta de su mensaje. Humillado el indio en su presencia le dijo: «como en cumplimiento de su mandato había vuelto al palacio del obispo y le había dado su mensaje, y que después de varias preguntas y repreguntas que le había hecho, le dijo no era bastante su simple relación, para tomar resolución en un negocio tan grave, y que te pidiese, Señora, una señal cierta, por la cual conociese que me enviabas tú, y que era voluntad tuya, que te edificase templo en este sitio.

»Agradecióle María Santísima el cuidado y diligencia con palabras cariñosas, y mandóle que volviese al día siguiente al mismo paraje y que allí le daría señal cierta

(1) Tercera Aparición.

con que el obispo le diese crédito, y despidióse del indio cortésmente, prometida la obediencia.

»Pero el día siguiente, lunes 11 de Diciembre, sin que Juan Diego pudiese volver á poner en ejecución lo que se le había mandado, porque cuando llegó á su pueblo halló enfermo á un tío suyo, llamado Juan Bernardino á quien amaba entrañablemente y tenía en lugar de padre, de un accidente grave, y con fiebre maligna, que los naturales llaman *cocoli;lli*, y compadecido de él, ocupó la mayor parte del día en busca de un médico de los suyos, para que le aplicase algún remedio: y habiéndole conducido adonde estaba el enfermo y héchosele algunas medicinas, se le agravó la enfermedad al doliente, y sintiéndose fatigado aquella noche rogó á su sobrino que de madrugada y antes que amaneciese fuera al convento de Santiago Tlaltelolco á llamar á uno de los religiosos para que le administrase los sacramentos de la Penitencia y Extrema Unción; porque juzgaba que su enfermedad era mortal.

»Cogió Juan Diego la madrugada del día martes 12 de Diciembre, caminando á toda diligencia á llamar á uno de los sacerdotes y volver en su compañía: y así como empezó á esclarecer el día, habiendo llegado al sitio por donde había de salir á la tumbra del montecillo por la parte del Oriente; le vino á la memoria el no haber vuelto el día antecedente á obedecer el mandato de la Virgen María, como había prometido, y le pareció que si llegase al lugar en que le había visto, había de reprenderlo por no haber vuelto como le había ordenado, y juzgando con su candidez que cogiendo otra vereda que seguía por lo bajo y falda del montecillo, no le vería ni detendría, y que desembarazado de este cuidado podría vol-

ver á pedir la señal que había de llevarle al señor obispo, hizolo así, y habiendo pasado el paraje donde mana una fuentequilla de agua aluminosa, y a que iba á volver la falda del cerro, le salió al encuentro María Santísima (1).

«Vióla el indio bajar de la cumbre del cerro para salirle al encuentro, rodeada de una nube blanca, y con la claridad que la vió la vez primera, y, díjole:

—«¿A dónde vas, hijo mío, y qué camino es el que has seguido?»

«Quedó el indio confuso, temeroso y avergonzado, y respondió con turbación, postrado de rodillas:

—«Niña mía, muy amada, y Señora mía, Dios te guarde, ¿cómo has amanecido? ¿Estás en salud? No tomes disgusto de lo que dijese. Sabe, dueño mío, que está enfermo de riesgo un siervo tuyo y mi tío, de un accidente grave y mortal, y porque se ve muy fatigado voy de prisa al templo de Tlalotelco en la ciudad, á llamar á un sacerdote para que venga á confesarle y olearle: que en fin nacimos todos sujetos á la muerte; y después de haber hecho esta diligencia volveré por este lugar á obedecer tu mandato. Perdóname, te ruego, Señora mía, y ten un poco de sufrimiento que no me excuso de hacer lo que has mandado á este siervo tuyo, ni es disculpa fingida la que te doy, que mañana volveré sin falta.

«Oyó María Santísima con semblante apacible la disculpa del indio, y le dijo de esta suerte:

—«Oye, hijo mío, lo que te digo ahora: no te moleste ni astija cosa alguna, ni temas enfermedad, ni otro accidente penoso, ni dolor.

(1) Cuarta Aparición.

«¿No estoy aquí yo, que soy tu Madre? ¿No estás debajo de mi sombra y amparo? ¿No soy yo vida y salud? ¿No estás en mi regazo y corres por mi cuenta? ¿Tienes necesidad de otra cosa? No tengas pena ni cuidado alguno de la enfermedad de tu tío, que no ha de morir de ese achaque y ten por cierto que ya está sano. (Y así fué, según se supo después, como se dirá adelante.)

«Así que oyó Juan Diego estas razones, quedó tan consolado y satisfecho, que dijo:

—«Pues envíame, Señora mía, á ver el obispo, y dame la señal que me dijiste para que me de crédito.

«Dijole María Santísima:

—«Sube, hijo mío, muy querido y tierno, á la cumbre del cerro en que me has visto y hablado, y corta las rosas que hallares allí, y recógelas en el regazo de tu capa y tráelas á mi presencia, y te diré lo que has de hacer y decir.

«Obedeció el indio sin réplica, no obstante que sabía de cierto que no había flores en aquel lugar, por ser todo peñascos que no producían cosa alguna. Llegó á la cumbre donde halló un hermoso vergel de rosas de Castilla, frescas, olorosas y con rocío; y poniéndose la manta ó tilma como acostumbran los naturales, cortó cuantas rosas pudo abarcar en el regazo de ella y llevólas á la presencia de la Virgen María, que le aguardó al pié de un árbol que llaman *Cuanzahual* los indios, que es lo mismo que *árbol de telas de araña* ó *árbol ayuno*, el cual no produce fruto alguno y es silvestre y sólo da unas flores blancas á su tiempo; y conforme al sitio juzgo que es un tronco antiguo, que hoy persevera en la falda del cerro, á cuyo pié pasa una vereda por donde se sube á la cumbre por la banda del Oriente, que tiene el manantial de

agua de alumbre enfrente: aquí fué sin duda el lugar en que se hizo la pintura milagrosa de la bendita imagen: porque humillado el indio en la presencia de la Virgen María, le mostró las rosas que había cortado, y cogiéndolas todas juntas la misma Señora, y aparándolas el indio en su manta, se las volvió á verter en el regazo de ella, y le dijo:

— *Vé aquí la señal que has de llevar al obispo y le dirás que por señas de estas rosas haga lo que le ordeno, y ten cuidado, hijo, con esto que te digo, y advierte que hago confianza de ti. No muestres á persona alguna en el camino lo que llevas, ni despliegues la capa sino en presencia del obispo, y dile lo que te mandé hacer ahora, y con esto le pondrás ánimo para que ponga por obra mi templo.*

»Y dicho esto le despidió la Virgen María.

»Quedó el indio muy alegre con la señal, porque entendió que tendría buen suceso y surtiría efecto su embajada, y trayendo con gran tiento las rosas sin soltar alguna, las venía mirando de rato en rato, gustando de su fragancia y hermosura.

»Llegó Juan Diego con su postrer mensaje al palacio episcopal, y habiendo rogado á varios sirvientes del señor obispo que le avisasen no lo pudo conseguir por mucho espacio de tiempo, hasta que enfadados de sus importunaciones, advirtieron que abrazaba en su manta alguna cosa: quisieron registrarla, y aunque resistió lo posible á su cortedad, con todo, le hicieron descubrir con alguna escasez lo que llevaba. Viendo que eran rosas, intentaron coger algunas, viéndolas tan hermosas y al aplicar las manos por tres veces les pareció que no eran verdaderas sino pintadas ó tejidas con arte en la manta.

»Dieron los criados noticia de todo al señor obispo, y habiendo entrado el indio á su presencia, y dándole su mensaje, añadió que las señas que le había mandado pedir á la Señora las llevaba: y desplegando su manta, cayeron del regazo de ella en el suelo las rosas, y se vió pintada en la *tilma* la imagen de María Santísima, como se ve el día de hoy.

»Todos cayeron postrados ante tamaña maravilla.

»Admirado el señor obispo del prodigio de las rosas frescas, olorosas y con rocío como recién cortadas, siendo el tiempo más riguroso del invierno en este clima, y (lo que es más), de la santa imágen que apareció pintada en la manta, habiéndola venerado como celestial y todos los de su familia que se hallaron presentes, le desató al indio el nudo de la manta, que tenía atrás en el cerebro, y la llevó á su oratorio: y colocada con decencia la imagen dió las gracias á Nuestro Señor y á su gloriosa Madre.

»Detuvo aquel día el señor obispo á Juan Diego en su palacio haciéndole agasajo, y al día siguiente le ordenó que fuese en su compañía y le señalase el sitio en que mandaba la Virgen Santísima María que se le edificase templo.

»Llegados al paraje, señaló el sitio y sitios en que había visto y hablado las cuatro veces con la Madre de Dios y pidió licencia para ir á ver á su tío Juan Bernardino, á quien había dejado enfermo, y habiéndola obtenido, envió el señor obispo algunos de su familia con él, ordenándoles que si hallasen sano al enfermo, lo llevasen á su presencia.

»Viendo Juan Bernardino á su sobrino acompañado de españoles y la honra que le hacían, le preguntó la

causa de aquella novedad, y habiéndole referido todo el progreso de sus mensajes al señor obispo, y como la Santísima Virgen le había asegurado su mejoría, sabida la hora y momento en que se le había dicho que estaba libre del accidente que padecía, afirmó Juan Bernardino que en aquella misma hora y punto había visto á la misma Señora, en la forma que le decía, y que le dijo, «como era gusto suyo que se le edificase un templo en el lugar que su sobrino la había visto, y asimismo que su imagen se llamase Santa María de Guadalupe,» no dijo la causa, y habiéndolo entendido los criados del señor obispo, llevaron á los dos indios á su presencia, y habiendo sido examinado acerca de su enfermedad y del modo con que había cobrado la salud, y qué forma tenía la Señora que se la había dado, averiguada la llevó al señor obispo á su palacio de México á los indios.

«Ya se había difundido por todo el lugar la fama del milagro, y acudían los vecinos de la ciudad al palacio episcopal á venerar la imagen. Viendo el concurso grande del pueblo, la llevó el señor obispo á la Iglesia mayor y la puso en un altar donde todos pudiesen gozarla y venerarla.

«El motivo que tuvo la Virgen para que su imagen se llamase de Guadalupe no lo dijo, y así, no se sabe hasta que Dios sea servido de declarar este misterio.

Capítulo IX

El renegado

CUANDO acabó Bautista de referir, no con las anteriores frases, pero sí con otras semejantes y no menos sencillas, el milagro de la Aparición Guadalupana, Ixtaolzín, estremeciéndose de ira y de despecho, preguntó con angustiada voz al muchacho:

—¿Y tú, Bautista, crees ese cuento?

—¿Cuento dices, Ixtaolzín?

—Cuento sí, ¿quieres que diga más? ¡pues sí lo diré; ficción, engaño, superchería!

Esa aparición es un embuste; un embuste inventado para concluir con los miserables restos que quedan á nuestros compatriotas de amor á su país y á su religión.

Juan Diego es un visionario, ó víctima de un plan preconcebido y meditado por los sacerdotes de la religión de Cristo.